

FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit gubernum non torea-
re nos atque capere ad gustum sanc-
tum suum, nosque cum sancta nostra
cachaza omnes suas sortes non sufferre,
anathema sit.*

Si alguno dijere que el gobierno no nos está toreando á su satisfaccion, y que nosotros no nos dejamos echar con nuestra santa cachaza las suertes que le acomoda, le estrujo entre los dedos como quien estruja un limon.

CONC. 6. GERUND.

TOROS EN TARDE FRESCA, TOROS EN ELLA.

Fresca en efecto estaba la tarde del lunes: era una tarde de vice-versa; tarde anómala, porque hacer fresco en julio y en Madrid es un fenóme-

no tan fuera de todas las probabilidades como ver á D. Juan Arévalo en el ministerio. Sin embargo lo uno y lo otro es cierto; lo uno por fortuna, lo otro por desgracia, conforme á la ley de las compensaciones. Y por cierto que en la frescura del día no podrá decir el ministro *Empeinado* que tuvo él la mas pequeña parte; él hizo todo lo posible por acalorarle; así es que la gente á eso de mediodía estaba algo mas de lo ordinario caliente hácia la Puerta del Sol con motivo de la suspensión del *Guirigay*; pero este es un calor que pasa luego, es un fuego fátuo: *transivi (ego Fr. Gerundius) et ecce non erat*; cuando yo pasé ya no habia nada. Bien lo sabe el gobierno, y por eso hace lo que hace; y bien lo sé yo tambien y por eso hago lo que hago. Por la tarde ya hacia fresco; por la noche frio (afecciones astronómicas de la atmósfera del pueblo).

Ello es que yo Fr. Gerundio que habia pensado no ver toros hasta que hubiese cortes, animado con la frescura de la tarde y con las instancias de algunos hermanos, hice del julio setiembre, así como otros pensarán del setiembre hacer su agosto, y me fuí allá (1). Cuando llegué aun no habia dado principio la discusión, pero á muy poco hizo la seña de costumbre el presidente, y se abrió la sesión, es decir se abrió la

(1) Este *allá* significa la plaza de toros.

puerta del toril, siendo el primero en el uso del asta, que es la palabra de esta clase de diputados, un hermoso toro llamado *Jardinero*. No he visto animal mas gordo que el *supuesto* Jardinero: lo menos tenia ochocientas viudas de carne: lo mismo dá decir ochocientas viudas que ochocientas libras, porque una libra de carne es lo que calcúlo yo que tendrán una con otra las viudas que tienen pensión del estado. El tal Jardinero se conocia que habia pacido á dos carrillos como algunos altos eclesiásticos que aun poseen pluralidad de beneficios á pesar de todas las prohibiciones de los cánones y de las reales órdenes. Este debió ser el *Colector de espolios* de la dehesa. Tenia una cabeza como un Grande de España, y una fuerza como un mayorazgo de aldea: daba unas contestaciones como un Alaix, y unos resoplidos como un Pidal. Sin embargo, para romper las hostilidades necesitaba que le ostigáran como el Bojá de Egipto.

Yo tenia delante escritos en un papel los nombres de cada toro, y la clasificacion de sus cualidades que habia hecho por su pinta y trazas un aficionado inteligente; pero no de estos inteligentes de la suprema inteligencia, que segun mi inteligencia infima son los que menos entienden pues creo que ni ellos mismos son capaces de entender lo que dicen; sino inteligente en taurologia. La clasificacion del *supuesto* Jardinero era: *bueno y llegará*. Aunque la nota no especificaba

á donde llegaría, yo supuse que querría decir, á los caballos. Y así era en efecto: él tardaba, pero al cabo iba llegando á los caballos, y aun mas adelante de lo que ellos quisieran. Tambien el Duque de la Victoria tarda en llegar donde está el Pretendiente, pero llegará con el tiempo, que no se ganó Zamora en una hora; porque tambien el hermano Baldomero *es bueno y llegará*. D. Carlos ha dicho á sus tropas que *llegará* en su auxilio un ejército de sesenta mil franceses, y *Mr. Passy* dice por otro lado que *llegará*, si fuese necesario, en favor nuestro; pero yo, sin necesidad de que me lo diga la *Revista de París*, opino que ni para ellos ni para nosotros *llegará*, porque *Luis Felipe* es mas marraja que el *Jardinero*.

Presentóse en medio de la plaza con mucha presuncion á hostilizar al toro un perrillo chiquicuatro, uno de estos doguitos que no sirven mas que para estar en la falda de alguna señora sin familia, ó para avisar si de noche oyen algun ruido en la casa. Pero el trastuelo (¡á quien Dios da vida!) empeñado en que habia de hacer de persona dando sus brinquetes y así como quien trataba de habérselas con el toro. Usaba de la libertad de ladrar como usa cualquier chisgaravis de la libertad de escribir. Todos nos reiamos del pobre animalito, y hasta el toro dió una risotada que le costó á Hormigo un testerazo contra la harrera. Succedíale al *Jardinero* con aquel perrito lo mismo que á Fr. Gerundio con otros dos gozquecillos que hay

en Leon, llamados Lorenzana y Balbuena (éste el escribanillo de las trapisondas, y el otro cuñado del *Supuesto*), que picados por algunas capilladas gerundianas andan por allí ladrando en letras de molde, y como queriendo habérselas con su Paternidad Reverendísima (¡á quien dá Dios vida!) Los de Leon le dicen á mi reverencia que esperan que les conteste cumplidamente: pero ¿no hubiera perdido el *Jardinero* su dignidad táurica si hubiese descendido á contestar á aquel Balbuenilla que le andaba ladrando? ¿No le contestaba bastante la risa de toda la plaza? Y por último, si Tirabeque quiere decirles algo que se lo diga: á él le toca entenderse con gente malandrina y bellaenela.

Tocó hacerle la merced al presidente del consejo de toreros, esto es, el primer espada Juan Leon, que despues de habernos tenido media hora aguardando el fallo de su estoque yo creí que trataba de conmutar al *Jardinero* la pena de muerte en la de confinamiento á una de las Baleares y á proveer de zapatos á un batallón, como lo ha sido el conde de Campomanes en Galicia despues de habérsele probado, segun dicen, en la famosa causa de conspiracion formada por el hermano Valdés ser individuo de la junta carlista. El tal Leon, decano de los espadas, dicen que era hombre que lo entendia en su tiempo. Lo creo muy bien: tambien el Sr. Perez de Castro el año 12 en Cádiz era hombre que sostenia con fuego las libertades patrias, y hoy está hecho un

cartamal. No acaban de convencerse estas gentes que para ministros y toreros no basta que *hayan sido*, sino que es menester que *sean*. Por último el toro sucumbió, como sucumben las personas sensibles, á fuerza de pesadumbres.

El segundo se llamaba *Labrador*: estaba clasificado en mi papel por *bravo y carnicero*. Lo era realmente, y no lo estrañé en atención á lo desatendida y perjudicada que se halla su clase, lo cual es capaz de embravecer al mas manso, humilde y paciénczudo labrador. Hermosa estampa, gallarda y esbelta figura: merecía ser el toro de *Pasifae*: en la vacada estoy seguro que escitaría celos y rivalidades, y la hembra que hubiese elegido para querida se contemplaría feliz, si es que no la atormentaban sospechas de infidelidad. Toro en fin que podía haber hecho su carrera y su fortuna por buen mozo como algunos hombres, y que si hubiera ido á Bélgica como Van-Halen (no el santo sexto, sino su hermano D. Juan), no dudo que hubiese dejado allí tanta fama de buena estampa como él. Pero el pobre *Labrador*, despues de haberle malparado á fuerza de contribuciones de sangre, aquel *Labrador* que tan útil podía haber sido para la labranza, le tocó la quinta, y pereció en la campaña del lunes á manos del segundo cabo Juan Pastor, el cual introdujo al pobrecito Labrador el medio diezmo de su estoque tan maestramente que le cortó el hilo de la vida sin que le alcanzase la unción.

Salió en seguida el *Clavellino* con apariencias de mansedumbre, pues por tal tengo yo el pelo blanco en un toro, y mas cuando la canicie no procede ni de la edad ni de los muchos estudios, como le sucede á Carramolino, con quien consonaba tanto en lo peliblanco como en la terminacion del nombre. Pero aun consonó despues mucho mas en las cualidades que fué descubriendo. De *pegajoso* estaba calificado, y vds. ya saben que Carramolino tambien tiene dadas pruebas de *pegajoso*. ¿Pues y qué me dicen vds. de su modo de saltar por la ley de la barrera? ; Carambola con Clavellino y su alma! Despues de haberla salvado del primer brinco con la mayor soltura se plantó del segundo en el tendido, como si andubiese buscando al redactor del Guirigay, y se hubiese figurado que estaba alli. Y en verdad que parecia que venia ya de buscarle de la imprenta, porque tenia el brusco ú hocico negro, como si hubiese andado lamiendo ú oliendo los rodillos de las prensas. Todo el cuerpo tenia ya sobre los asiectos, y si no acabó de subir fué por que se le enredaron las patas traseras en las dos maromas, lo cual le hizo caer otra vez. Pero volvió á la plaza, y volvió á saltar, y repitió este ejercicio seis ú ocho veces, cosa no vista acaso nunca; y tal fué el temor que infundió á las gentes de los tendidos, que ya al solo amago de querer subir huiau abandonando sus plazas como los carlistas del Norte al solo amago de la aproximacion

del Coude-Duque. Con mas que les entraba la confusion y el desorden lo mismo que á los facciosos, en términos que si hubiera avanzado un poco mas lo mismo el *Duque* que *Clavellino*, digan lo que quieran los de las fortificaciones á retaguardia, yo creo que el tendido y D. Carlos se quedan sin jente, y la corrida y la guerra se acababan mas pronto de lo que pensaban el ayuntamiento y las cinco grandes potencias.

Pues como digo; bajo aquella piel de benignidad y moderacion encubria el *Clavellino* una crueldad y una intolerancia, verdaderamente *Jovellanistas*. La piel la comparo yo á la circular que pasó el otro dia el *Clavellino* del ministerio á los gefes políticos reencargándoles estrechamente la mas rigurosa imparcialidad y el mas escrupuloso celo por la conservacion de la libertad en las elecciones; y la intolerancia que la cándida piel encubria, á las instrucciones secretas que los da para que trabajen como negros por el triunfo de su partido. Dios me libre de pieles y circulares hipócritas. Mató Leon á *Clavellino* de una estocada á traicion. No me gustó; me incomodé: yo quiero que á los ministros y á los toros que hayan saltado la barrera de las leyes, les juzgue la ley, y los mate, si lo merecen. Ya veo que urge el escarmiento, pero; cómo ha de ser! cooperemos todos á que llegue cuanto antes el dia deseado.

El cuarto llamado *Majoso*, y clasificado de

Ligero, era de la misma pinta que el *Clavellino*, y poco mas ó menos de las mismas costumbres. Diferenciábase sin embargo en el traje, pues este llevaba unos botines negros, especie de botas de montar que le subian hasta media nalga, de manera que parecía un dragon á quien le habian muerto el caballo en accion de guerra. Por lo demas tenia tambien el hocico negro como su antecesor; color de hocico que se mete donde no debe. Y como me habian dicho, á mí Fr. Gerundio á quien dicen todo lo que pasa y aun algo mas, que aquel dia habia allanado la policia una imprenta, mis temores me pasé si el *Mojoso* vendria tambien de allanar la mia de órden del gobierno; no porque hubiese el mas pequeño motivo ni antecedente á mi parecer, sino porque una vez puestas las imprentas fuera de la ley, ¿quién puede asegurar que ningun *Mojoso* meterá el hocico en la suya?

Dije que tenia las mismas costumbres que el *Clavellino*, porque efectivamente tanto en lo fisico como en lo moral demostraba la misma educacion y los mismos principios. *Ligero* segun la calificación de mi amigo, saltó tambien la barrera una porcion de veces; ¡fatal modo de cundir este abuso de la fuerza! Es desgracia, que donde quiera que uno vuelva la vista no ha de ver otra cosa. Y cuando estaba ya herido de muerte, asombrados quedamos de verle arrancar una puerta sacándola de quicio, y separándola cinco ó seis

pasos. Con eso entraba y salía como le daba la gana de la plaza á la entre-barrera y de la barrera á la plaza; con la misma libertad con que los facciosos de Cataluña se cuelean por el valle de Andorra de Cataluña á Francia y de Francia á Cataluña, lo cual tengo el honor de avisárselo al hermano Valdés, (ó al menos de recordárselo porque él no lo ignorará) á fin de que procure tapar cuanto antes aquel boquete, porque sinó el *Mojoso* que hay allí que llaman *per mal nombre* EL CONDE DE ESPAÑA, entrará y saldrá cuantas veces quiera.

El pobre *Mojoso* murió víctima de la cuestion electoral. Digo esto, porque habiéndole llamado hacia el medio de la Plaza, tantas capas dieron en echarle, que haciendo los capeadores un completo círculo al rededor del toro, tanto que figuraba aquello una esfera de reloj cuya mano y minuterero eran las dos astas del animal, el uno le llamaba con capa encarnada, el otro con azul, el otro con blanca, el otro con verde, en fin con capas de todos colores y partidos; de forma que el infeliz *Mojoso* era un elector á quien todos halagaban con falsas promesas, y él no sabia á quien dar el voto. ¿Y para qué le halagaban? Para ser despues sus mismos verdugos. Asi fué que él se atonteció, cayó, se echaron sobre él, y acabó sus dias víctima de la seducción y juguete de los partidos.

Si como hablo de toros, hablára de manda-

mientos de la santa madre iglesia, lo dejaria en el cuarto, porque el quinto ha dejado de ser mandamiento de la iglesia sin que la iglesia lo haya mandado, y pasado á ser unas veces mandamiento entero y otras medio mandamiento del gobierno sin que el gobierno pueda mandarlo ni á enteras ni á medias sin las cortes; pero como hablo de toros, tengo que seguir su crónica diciendo que el quinto se llamaba segun la fé de bautismo *Bravo*, y en la nota del sinodal que le habia examinado tenia la clasificacion de *Bravo*; de modo que ya no le faltaba mas que llamarse *D. Luis Gonzalez*, para que el Gefe Político se hubiese arrojado desde el palco á prenderle, ya que no logró atraparle en su casa, ni despues lo ha conseguido por haberse acogido, segun dicen, á pabellon extranjero. (1) Era toro, jóven, le hervia la sangre, embestia sin aprension, y le mató antes y con antes el demasiado ardor de su temperamento y algunas imprudencias como al Guirigay.

Estamos en la parte mas lastimosa, basta que hayamos llegado al sexto. Llamábase el sexto y último toro *Soldado*, y decia la clasificacion «*de cabeza.*» Deseo, ansia, avidez, *cupido cupidi-*

(1) D. Luis Gonzalez Bravo es el escritor de las *Centerradas del Guirigay*, á quien el Gefe político fué á prender de orden del gobierno la mañana del 6, el cual parece que se pudo escapar descolgándose de un balcon en paños menores asido de la baretta de una cortina.

nís tenia yo de ver en España un *soldado de cabeza*. Los conozco de mucho curazon, los hay de muchas piernas, no faltan de buen brazo, y bailos tambien que no escasean de manos; pero un soldado de cabeza tal como yo aprendo que es menester, es justamente por lo que estoy, yo Fr. Gerundio, suspirando años hace. El lunes creí ver cumplido mi antojo, y no veia el momento de abrirse la puerta del toril y de que se presentára el *soldado de cabeza*. Al fin llegó, y... (; oh desgracia!) fué el único en que falló la clasificación del aficionado: la cabeza de aquel *soldado* no pasaba de ser una cabeza adocenada; bravo sí, pero nada mas. Y para colmo de la desgracia el pobre *soldado* estaba herido en la nalga izquierda, en el mismísimo sitio (salva la parte) que un comandante de un cuerpo de infanteria de línea que habia venido el dia antes á mi celda á pedir una limosna despues de treinta y dos años de servicios por la patria y por la libertad (que para que no se dude de la certeza no tengo inconveniente en nombrarle en otra capillada, si él quiere). Sin embargo estaba gordo (el toro; que el comandante bien flaco estaba el infeliz), lo cual me indicó que no podia proceder del ejército del centro: en tal caso del norte, que están mejor asistidos, no sé por qué regla de compañía.

El pueblo luego que reparó en la herida empezó á gritar: «retirarle, retirarle.» Yo estuve por decir como el Tio Vivo: «pueblo barbaro

(hasta aquí no mas el testo del *tio Vivo*), ¿á qué se ha de retirar un *soldado*? ¿A morir de hambre? Y es la verdad: si el hermoso establecimiento de inválidos que con tanto celo y tan buenas intenciones logró crear y arreglar el hermano Palafox estuviera en otro pie, es decir, si le facilitarán los recursos necesarios para mantener los inutilizados que caben en aquellas decentísimas habitaciones y para quienes hay hasta los uniformes preparados, sería otra cosa: ya podia un soldado prometerse hallar un consuelo en su desgracia; pero no siendo así, y no pudiendo pasar del apostolado de inválidos (son doce) que en él se mantienen, ¿á qué darle un retiro que viene á ser una sentencia de mendicidad ó de muerte? En esto oí no lejos de mi palco voces que decían: «que le retiren, que lo manda Tirabeque.» Agradeci la influencia que querian dar al nombre de Tirabeque, pero reprobé la peticion.

El *soldado* se condujo como un héroe: merecia la cruz de Isabel II y el grado de sargento, mejor que merecen algunos gefes las cruces y grados que se les prodigan. Yo no le ví morir, porque era tarde y dejé el teatro de la guerra para ir al teatro donde nadie se acuerda de ella, esto es, el Prado. Pero supe despues que el *Soldado* habia muerto matando, como debemos morir todos antes que llevar una muerte tonta y desascada si llegasen á triunfar los negros pendeones de la inquisicion (Dios nos libre).

La circular pecunia.

Y bien, Tirabeque, ya ves que hoy he hablado yo muy largamente sin que tu hayas tomado la palabra, y es preciso que digas algo también como por vía de alivio para mi. Conque ¿qué te parece que ponga en tu boca?—Señor, en mi boca lo que debía vd. poner era una pera dulce ó un poco de almíbar, ó cosa así.—Hombre, pareces bobo y te metes en casa: ¿te parece que se hizo el almíbar para la boca del lego? Decía yo que podíamos poner en tu boca una circular á los electores, que es lo que está mas en boga, ó en términos parlamentarios, á la orden del día. ¿Y quién sabe, hombre? Puede que eso te valiera encontrarte con algunos sufragios en alguna urna.—Señor, eso de sufragios y de urnas huele-me á cosa de difuntos; y en cuanto á lo de la circular, téngola por comida insípida y estoposa: solamente una que anda ya por hai, ¡una circular, mi amo, que se chupan las uñas los electo-

res con ella!—Pues tanto mejor, hombre; eso favorece mi pensamiento. Ve ahí una circular que estaría grandemente en tu boca.—No señor, mejor estaría en mi bolsillo; porque para la boca es insípida.—De modo que una circular en el bolsillo ningún efecto puede hacer: las circulares son para circular: quietas, para nada sirven.—Pues yo le aseguro á vd., mi amo, que si pudiera recoger todos los ejemplares de esa circular, me los metía en el bolsillo, y allí *resquiescant impacem*; sabe Dios cuándo volverían á ver la luz del sol.

—Pero hombre; yo no entiendo eso: ser una circular tan sabrosa, que con ella se chupan las uñas los electores, y al mismo tiempo ser insípida para la boca...—Y crea vd. mi amo Fray Gerundio, que á los electores les hacia un bien en quitársela, y á mi me venia bien tenerla.—Eres un pozo de misterios, hombre. Vamos, ¿y qué circular es esa? Es preciso que me la des á conocer.—Señor! Es la circular *Pecunia*!!!! Anda muy lista, mi amo: se reparten muchos ejemplares, y los electores acuden á ella como moscas: pero tambien hay voto que cuesta un ejemplar muy grande: otros hay que se toman por una futesa.—Eso no es creible, Tirabeque.—Señor...! ¿lo dice algun *quidam*?—Pues si es así, tienes razon que seria muy útil que desengañaras á los electores por medio de otra circular, porque ese medio de ganar sufragios no puede llevar sino miras muy siniestras, y de un

desquite con usuras.—Así es la verdad, señor: pero es difícil que hagan caso de la mía, porque la otra, como hay tanta miseria, tiene tanto atractivo....!—Sin embargo es obligación tuya desengañarlos.—Pues voy allá, señor, valga por lo que valga. «Electores; cuidado con la circular *Pecunia*! Mirad que esa *Pecunia* habrá sido antes vuestra, y esos mismos que ahora os dan uno porque les deis el voto, no pueden hacerlo sino con intención de cobrarse después ciento.» Cuidado con los de la circular *Pecunia*, electores, que esos deben ser los que quieren mangonear por rob....—¿Qué ibas á decir muchacho?—Señor, una verdad.—Pero en otros términos, hombre.—Señor, en un lego todo está bien: y sobre todo yo respondo.» Con que, electores, ya lo sabéis: cuidado con los de la *Circular PECUNIA!*

